

EVOLUCION

Hace algunos días, en una tertulia entre amigos se planteó una cuestión que constituye probablemente uno de los problemas fundamentales de la vida juvenil moderna. Aun considerándola bajo distintos aspectos, la opinión fue unánime en cuanto a la existencia de dicho problema, y sus caracteres francamente alarmantes. En su mayoría, las conversaciones del hombre giran en torno a la mujer, y estas conversaciones distan mucho de ser lo delicadas, serias y formales que debieran ser al ocuparse del referido tema. Indudablemente, la mujer en sí y sus formas de desenvolverse responden a ideas y convicciones más profundas, engendradas en gran parte —y esto es lo más grave— por realidades de la vida actual.

La técnica de la vida moderna en este punto es rebajar, degradar a la mujer y con ello, indirectamente, nos degradamos nosotros.

Es indudable que las relaciones entre ambos sexos de la juventud actual han variado considerablemente: han evolucionado, dicen algunos. El trato se ha hecho más natural —mejor diríamos más naturalista—, pero este no ha podido hacerse sin perjuicio —y gravísimo— para uno al menos de dichos sexos, que ha pasado a ser considerado en un aspecto estrictamente material.



El joven, al menos así se manifiesta en sus conversaciones, ha pasado a ver en la mujer un juguete simplemente; algo bueno tan solo para «divertirse». Se la mira desde el lado materialista exclusivamente, y si se piensa algo en su espíritu es solo para opinar que este hace aun mayor y más interesante la «distracción».

Ahora bien, el riesgo que esto encierra es gravísimo; es inútil que intentemos engañarnos. Lentamente, pero con seguridad, la mujer va adaptándose a estas nuevas circunstancias, y se ve llegar un momento trágico en el que el predominio de la materia sea absoluto; y la mujer misma tenga como objeto fundamental la «diversión» y no sirva tampoco para otra cosa. Con ello lo que de interesante, de pureza y poesía pudiera tener habrá desaparecido, y será solamente una «distracción» que se abandona cuando cansa y que hará lo mismo con nosotros. Y su fin más permanente, el matrimonio, que tal es queramos o no admitirlo, habrá sido traicionado.

Comparemos la idea que de la mujer se tenía en la época caballeresca o en el romanticismo, —en su primera fase dulce y tranquila, no en el romanticismo desmelenado y anárquico lleno de decepción y dramatismo de fachada—. Comparemos aquella época en que se veía en la mujer un reflejo sublime de la Señora, la Reina de todas ellas, y cuyos calificativos se aplicaban a estas otras; en el que se inspiraban toda suerte de sentimientos elevados y hacían al hombre mejor y capaz de mayores y más gloriosas empresas. Una época en que era respetada y ensalzada, y su misión unánimemente reconocida como sublime, designada por Dios como madre tuya o la compañera de tu vida, con esta otra época en que va siendo relegada, por nuestra voluntad exclusivamente, al carácter de un mero pasatiempo transitorio.

Comparemos seriamente estas dos posturas y escoged. No creo que debamos caer en el romanticismo o en el sentimentalismo; esto, además, es imposible. La Historia no va nunca hacia atrás, pero sí que debemos acogernos un poco al espiritualismo en el más noble sentido de la palabra y, si por mi parte tuviese que escoger entre romanticismo o materialismo absoluto, me quedaba con lo primero; aparte de otras cosas, íntimamente proporciona mayor satisfacción. Con el materialismo no se consigue sino una desconsoladora aridez espiritual.

Aquí tenéis mi opinión personal y la realidad del problema; degradando a la mujer al considerarla únicamente en un plano materialista, nos degradamos y traicionamos nosotros mismos; no caben términos medios ni idealismos falsos; no podemos pensar: «voy ahora a buscar el juguete; ya encontraré después algo más serio». El paso es demasiado trascendental y el camino que ahora seguimos muy peligroso. Se plantea un problema de opción; medios hay y voluntad no falta para aplicarlos al fin que queráis. Elegid: o transformamos a la mujer en «diversiones», en «planes», o las hacemos algo serio y digno y como a tal las respetamos; escoged. Pero si escogéis aquello, pensad en que puede llegar el momento en que busquéis lo último y no lo encontréis; en que queráis algo formal y decente y tengáis que conformaros para el resto de vuestra vida con... «un plan».

J.